

# ARGUMENTOS PATÉTICOS

Historia y memoria de la guerra civil

ANGEL G. LOUREIRO

“Todo lo que nos queda es lo que un día no pasó; el pasado tampoco es lo que fue, sino lo que no fue” (Juan Benet, *Volverás a Región*, 245)

Según opiniones firmemente establecidas en algunos grupos, la transición española a la democracia se logró por medio de un acuerdo vergonzoso —un pacto del silencio— que barrió bajo la alfombra los horrores cometidos durante la guerra civil y la dictadura por los franquistas, a quienes se les permitió además el reciclaje democrático sin exigírseles ningún tipo de responsabilidad. Por esa razón, en la transición se habría alcanzado un consenso a costa de un serio fallo moral y de una irresponsabilidad palmaria hacia la historia. Tales olvidos y fallos, mantienen esos críticos, habrían dejado como secuela un malestar endémico, el cual es diagnosticado desde la crítica cultural con una monotonía predecible —trauma, melancolía, el retorno de lo reprimido, un tumor, una herida abierta— sin que esos críticos se paren a considerar que patologías físicas y psicológicas del individuo no pueden ser usadas sin más para evaluar sociedades o procesos socio-políticos, pues esas patologías psicológicas no pueden dar cuenta de fenómenos históricos y culturales, y mucho menos de un proceso tan complejo y contencioso como la transición española.

Como observa con razón Santos Juliá, las acusaciones de un pacto del silencio no tienen en cuenta el gran número de publicaciones acerca de la guerra civil y de la dictadura que aparecieron durante la transición<sup>1</sup>. Pero esos argumentos de Juliá no van a surtir efecto alguno entre los proponentes del olvido, porque el debate no es realmente acerca del conocimiento

del pasado sino, en el mejor de los casos, acerca de actitudes políticas y también acerca de una nueva manera de entender la historia, acerca de la historia como agravio, como veremos un poco más adelante. La mayor parte de los españoles actuales no habían nacido en la época de la guerra civil o incluso del franquismo, y por lo tanto no pueden haber olvidado, reprimido o desatendido esos tiempos. Los individuos que ya vivían durante la guerra, y aquellos que oímos de nuestros padres relatos acerca de ejecuciones, ciertamente no hemos olvidado. Yo crecí oyendo a mi padre contar con la más profunda rabia, una y otra vez, que su maestro fue fusilado al principio de la guerra simplemente porque les decía a sus alumnos que no creyeran lo que la Iglesia les enseñaba. Pero uno no tiene que acudir a los libros de historia, ni tiene que haber oído relatos acerca de ejecuciones nocturnas, porque ya durante el franquismo, y mucho más durante la transición, teníamos a nuestra disposición tales tipos de relatos, y de otros horrores de la guerra, en libros que siguen siendo indispensables para una comprensión realmente histórica de la guerra como la novela *Las últimas banderas* (1967) de Ángel María de Lera, el reportaje *Los topes* (1977) de Torbado y Leguineche, o *Días de llamas* (1979) de Juan Iturralde, una de las mejores novelas sobre la guerra, en la cual se ofrecen con detalles escabrosos numerosas descripciones de ejecuciones durante la guerra civil. Pero primordialmente la reivindicación de la memoria histórica no es tanto una cuestión de información como lo es de la política y los afectos que son movilizados en el descubrimiento personal de horrores que en buena medida ya eran de dominio público desde hace décadas.

La idea de un pacto del silencio conlleva en sí la visión de un grupo de políticos que se habrían puesto secretamente

de acuerdo, pero que luego todavía tendrían que imponer esas ideas al cuerpo social. Esa idea de la transición se asienta en un concepto anticuado del poder como una fuerza controladora detentada por una élite, que limitaría a la sociedad a un papel pasivo o meramente reactivo. La transición, sin embargo, se caracterizó por un continuo toma y daca entre el gobierno y el cuerpo social, relación en la que participaron no sólo los grupos que detentaban o aspiraban al poder sino también muchas otras fuerzas políticas y populares. Uno de los rasgos más destacados de la transición lo constituyó las constantes huelgas y manifestaciones populares que coadyuvaban a que los herederos del franquismo fueran haciendo más y más concesiones. Suponer que hubo un pacto del silencio implica asumir que un régimen totalitario no sólo habría amordazado a los políticos de diversas tendencias, sino también a la prensa, las editoriales, los escritores, los estudiantes, los trabajadores, los artistas gráficos y a todo otro grupo de opinión. Y tal pacto tiene que presuponer no sólo la connivencia de los políticos sino también el acuerdo tácito de la población española, por lo que habría que asumir que todo el país sufrió un fallo moral colectivo. Ese tipo de connivencia generalizada ha sido postulada por Hugo Vezzetti para explicar la amplia complicidad de los argentinos con la dictadura militar, pero la idea de que se dio una colusión parecida durante la transición española le debería resultar absurda a cualquier persona que viviera en España durante la transición con un mínimo de participación política. Si hubo tal fallo moral en España, cometido por los políticos y secundado al menos implícitamente por la sociedad, uno se pregunta por qué nadie habló de ese supuesto pacto del silencio hasta mediados de los años noventa.

<sup>1</sup> En “Memoria, historia,” 59-69, Santos Juliá ofrece un detallado catálogo de esas publicaciones.



Se podría argüir, por el contrario, que durante los años de la transición la sociedad española mostró una madurez y clarividencia políticas que contrastan drásticamente con la confusión de los críticos que muestran, implícitamente, una gran condescendencia hacia una sociedad que aprobó el proceso de la transición en las varias elecciones celebradas en aquel momento histórico. A pesar de sus imperfecciones, las elecciones democráticas ofrecen el mejor modo de juzgar las preferencias políticas de una sociedad que, en el caso de la transición española, rechazó las opciones políticas más extremas, tanto de derechas como de izquierdas. La caracterización de la transición como floja o “light” porque, al parecer, no se enfrentó con los horrores del pasado denota una comprensión limitada de un proceso político que, a pesar de sus imperfecciones, no tiene paralelo en toda la historia española. En el fondo, la discusión no es acer-

ca de la memoria sino de actitudes y opciones políticas, así como de una proyección en el pasado de una nueva forma de ver la historia.

Alberto Reig Tapia afirma que los españoles se reconciliaron en 1978 (pág. 552). Si por reconciliación uno entiende que los españoles se pusieron de acuerdo tácitamente en darle primacía al presente y al futuro, así como a los intereses de la mayoría de la población, entonces podemos decir que hubo reconciliación. Pero la idea misma de reconciliación con respecto al pasado es sospechosa pues asume una nación y una población que no habrían cambiado en las décadas transcurridas. ¿Quién se habría reconciliado en España en los años setenta? ¿Qué grupos, comunidades o partidos? Aún a riesgo de introducir en la discusión razones subjetivas, personalmente jamás me he sentido reconciliado –ni he sentido la necesidad–, ni he olvidado, ni olvidaré nunca, ni tam-

poco perdonaré a nadie por los treinta años de represión, censura y falta de oportunidades que, como muchos otros, tuve que sufrir. La vida que muchos padecemos bajo Franco fue miserable, represora, mezquina y limitada, y nada ni nadie puede devolvernos todo lo que el franquismo nos negó. Pero, por otra parte, no siento la necesidad de juzgar a nadie –¿quiénes serían?

### **Las memorias históricas**

En sus primeras formulaciones, la crítica de la transición fue ligada a la crítica a la historiografía, cuyas limitaciones y negligencias habrían ayudado a perpetuar una interpretación de la transición como un proceso ejemplar. Como respuesta, se postuló una memoria –popular, colectiva o histórica– que sería el repositorio de la verdad que la historiografía habría evitado: de esa manera, esa memoria sería también el antídoto contra la amnesia de la

transición. En otras palabras, la “memoria histórica” (por elegir la denominación que acabó por convertirse en hegemónica) sirvió como el fundamento moral para una serie de demandas y condenas políticas. Pero la “memoria histórica” no es una manera de recordar un pasado que, en muchos casos, uno no ha vivido, sino un modo de referirse a ese pasado, un modo de construirlo. De hecho, cada uno de los términos que componen “memoria histórica” pone en entredicho el sentido mismo de esa idea<sup>2</sup>. La historiografía pone en evidencia las limitaciones de la idea de memoria histórica, pues una historia mínimamente rigurosa de la guerra civil va a ser mucho más compleja que toda memoria histórica, cuyas aspiraciones a convertirse en hegemónica implican por necesidad que esa memoria sea una versión simplificada de la historia que asume ideas políticas compartidas. La conminación a recordar el pasado que hacen los proponentes de la memoria histórica perpetúa una versión manida y simplista de la guerra civil. Los relatos comunitarios que componen la memoria histórica —pues en eso consiste esa memoria histórica que ni es memoria ni es historia— fueron indispensables como armas en la resistencia contra la dictadura, pero han quedado fijadas (y se siguen perpetuando) en algunos imaginarios de izquierdas. Los proponentes de la memoria histórica no son conscientes, o parecen ignorar, los orígenes, fundamentos y consecuencias de su versión del pasado<sup>3</sup>.

Los individuos contemporáneos a eventos históricos —y ese es el único modo en el que la historia puede ser llamada verdaderamente memoria— no se reconocen necesariamente en la historia escrita de esos eventos; y por supuesto no todos los recuerdos individuales admiten ser representados en una única “memoria histórica”<sup>4</sup>. Dadas las pronunciadas diferencias en la interpretación de la historia de la guerra civil —y las diferencias políticas que existen entre diversos grupos en la España actual—, resulta evidente que una historia colectiva no puede ser compartida universalmente, y de ahí las grandes dificultades inherentes a la enseñanza de la guerra civil en las escuelas. Para hablar

de manera coherente y provechosa acerca de memoria histórica habría que hacerlo en plural, reconociendo que hay numerosas y conflictivas memorias históricas, es decir, numerosos relatos del pasado que buscan convertirse en hegemónicos.

Asumiendo por el momento que la idea de memoria histórica tiene sentido, deberíamos preguntarnos: ¿Qué debería incorporar esa memoria histórica? ¿Qué aspectos del pasado? ¿Qué causalidades, complicidades y responsabilidades? ¿Recogería todo lo que la historiografía nos ha enseñado acerca de la guerra? ¿Y cómo acogería las dispares versiones de esa guerra? ¿Debería darle primacía a aquellos aspectos del pasado que han sido supuestamente olvidados o descuidados? ¿Sería legítimo que esa memoria histórica reflejara la versión republicana, asumiendo que sólo existe una? ¿Y qué significaría “republicana” en este caso, cuando sabemos que para muchos de los grupos y partidos que la apoyaron la República no era más que un paso hacia un objetivo revolucionario? Las preguntas implícitas en la idea de memoria histórica podrían continuar *ad infinitum*.

En resumen, si se quiere hablar de memoria histórica (a pesar de las incongruencias conceptuales de esa idea) deberíamos referirnos a una pluralidad de memorias históricas, y no simplemente a dos versiones. Resulta crucial además comprender que una memoria histórica no puede englobar todo el conocimiento logrado por la historiografía acerca del pasado reciente de España pues, por necesidad, esa memoria tiene que ser una versión simplificada de la historia que selecciona ciertos aspectos del pasado al tiempo que descarta otros que serían menos relevantes para la política del presente. En su forma predominante, la memoria histórica enfatiza la necesidad de vérselas con un pasado supuestamente descuidado; y por lo tanto esa memoria se moviliza en aras de una restauración moral y política, a expensas de un examen riguroso del pasado. Precisamente porque está movida por un afán de justicia y de moralidad, esa memoria se apoya en una versión unívoca del pasado que está abierta a contestación. La terminología psicológica asociada con la idea de memoria histórica revela ya las limitaciones de esa idea. Para muchos, el objetivo de la memoria histórica sería la “recuperación” de algo olvidado, reprimido o incluso voluntariamente ocultado. Sin embargo, olvido es una categoría psicológica que se puede aplicar a la memoria pero que sólo metafóricamen-

te puede ser atribuido a la historia. Cuando se aplican a procesos históricos, memoria y olvido funcionan como figuras retóricas que efectúan un desplazamiento lingüístico, presentándose como herramientas epistemológicas (que desenterrarían o recobrarían la verdad) cuando en realidad fundamentan en moralidad (obligación hacia las víctimas) la discusión para la que son movilizadas. Y con ese mismo desplazamiento del conocimiento a la moralidad, esa maniobra retórica convierte además en sospechosa a toda resistencia a la política acerca del pasado movilizada por los llamamientos a recuperar la memoria histórica.

En los casos más matizados, el llamado a recobrar el pasado se refiere a la necesidad de tener en cuenta en el presente algunos aspectos del pasado —de manera notable las fosas colectivas de la guerra, y los horrores del franquismo— que no habían sido realmente olvidados. En su variación psicoanalítica, la interpretación psicológica de la memoria histórica señala que algunos aspectos indeseables del pasado han sido reprimidos y están por lo tanto condenados a retornar como monstruos o espectros que perturbarían la sociedad y cultura españolas —una variación contemporánea del banal lugar común de que los pueblos que olvidan su historia se ven condenados a repetirla. En su versión psicoanalítica más extrema, ese pasado desagradable alcanzaría la intensidad de un trauma que, como tal, se repetirá infinitamente hasta que los eventos que provocaron ese trauma sean situados en el lugar que les pertenece en el relato de la memoria histórica. Y como se podría esperar, hay también las versiones que insisten en la necesidad de recordad como cura terapéutica, catarsis, y cosas similares.

Dada la obsesión crítica de los últimos años con el duelo y la melancolía como explicaciones interpretativas, no resulta sorprendente encontrar ligados esos conceptos, en su acepción freudiana, a la conminación a confrontar el pasado nacional: la carga patética de esos conceptos y la reducción de fenómenos complejos a dos claras opciones que ellos posibilitan, los convierten en candidatos idóneos que permiten una interpretación del pasado (una vez más aplicando fenómenos psicológicos a acontecimientos sociales) cuya simplificación queda encubierta por el lenguaje afectivo movilizado por esos conceptos. En la versión más citada de esa aplicación, incluida originalmente en la introducción a una antología poética de

<sup>2</sup> Para algunas diferencias entre historia y memoria véase Boyd.

<sup>3</sup> Una crítica que tiene en cuenta esos factores la ofrecen Izquierdo Martín y Sánchez León.

<sup>4</sup> En su investigación sobre los exiliados españoles en Francia, Alicia Altet se encontró con que muchos de ellos no se reconocían a sí mismos en las historias de la guerra civil.

Tomás Segovia, y más tarde usada por Alberto Méndez como epígrafe de *Los girasoles ciegos* (2004), Carlos Piera establece una conexión entre duelo y tragedia en su lectura de la memoria de la guerra civil que merecería una atención sostenida, no porque aceptemos que en España haya todavía un duelo incumplido por la guerra civil, sino sobre todo para reflexionar acerca de las diversas maneras en que la guerra civil puede ser llamada propiamente una tragedia, y de que consecuencias tendría esa interpretación para una política del pasado en España.

Lo que realmente importa acerca del pasado es la huella efectiva y afectiva que ha dejado en las mentes individuales, así como en las instituciones y en las prácticas políticas. Y poco importa que ese pasado sea “recordado” o no de una manera consciente, pues se podría argüir que el pasado deriva su mayor fuerza de eventos, prácticas y tradiciones de las que en buena medida no somos conscientes. La transmisión del pasado opera de maneras sorprendentes y misteriosas, cambiando a menudo de sentido con el paso de las generaciones, lo que ha sucedido en no pocas ocasiones con la interpretación de la guerra civil en familias franquistas, en las que las nuevas generaciones no comparten las interpretaciones de sus antecesores. Y sucede a veces que un pasado “recordado” y consciente, pero que resulta ser falso, tiene un gran impacto en el presente, como sucede con frecuencia con el pasado inventado de muchos nacionalismos. De modo más crucial, podemos desconocer o no ser conscientes del pasado, y sin embargo ser afectados profundamente por él: los modos en los que el pasado funciona son a menudo subterráneos e impredecibles. Si un pasado es relevante, si está “cargado” de interés, si nos afecta y no se simplemente un dato, ¿es tan importante tenerlo presente, necesitamos hablar de él? Esa conminación a recordad, a tener presente, ¿no es deudora, como muchos otros modos de entender el pasado hoy en día, de esos programas de televisión, tan típicos de la llamada *new age*, que animan a sus invitados a decirlo todo, a sacar sus trapos sucios a relucir, bajo el pretexto de que esa confesión pública constituye una forma de terapia? La dicotomía, metafórica más que epistemológica, de recuerdo y olvido es una manera muy pobre de referirse al pasado, de someter a escrutinio las trazas afectivas que unen el pasado con el presente.

La carga que acompaña a la transmisión del pasado —la fuerza con que nos

afecta y no simplemente el conocimiento que tengamos de él— explica las opiniones apasionadas que la guerra civil continua suscitando entre los españoles, a pesar del hecho de que la mayoría tiene un conocimiento muy limitado, e incluso muy poco al día, de la guerra. Los relatos comunitarios, los relatos que uno oyó en las diversas comunidades en que se ha visto envuelto (familia, escuela, universidad, entorno laboral, medios de comunicación), relatos que por su misma naturaleza no pueden ser históricamente rigurosos, tienen mucho más impacto en el presente que el conocimiento histórico más exacto. Lo que puede resultar sorprendente, pero no lo debería ser, es cuán a menudo la investigación histórica resulta ser poco más que una forma voluntarista de corroborar el valor y la verdad de esos relatos comunitarios, incluso en los casos en los que los investigadores aseguran proceder con el método más desapasionado y científico, por usar un término muy favorecido por los historiadores españoles. La carga afectiva de esos relatos comunitarios, su impacto en nuestro modo de pensar y sentir el pasado es tan fuerte que resulta muy difícil separar conocimiento, ideología y afecto en nuestra manera de relacionarnos con ese pasado.

#### Recuerdos de un pasado vacío

Otro punto ciego en las construcciones que se quieren imponer como “memoria histórica” es el recuerdo de lo que no sucedió. Ese surco, elusivo pero profundo, que un pasado vacío puede dejar en las mentes de los ciudadanos de una nación presenta un desafío también a una historiografía española que fundamenta su presunta imparcialidad en la documentación y la cientificidad, pero que no puede basarse en pruebas materiales cuando se encuentra con el impacto innegable que tiene lo que no sucedió. La historia virtual rehace el pasado y especula acerca de la forma que podría haber tomado la historia si se hubieran dado condiciones diferentes a las que se dieron<sup>5</sup>. Pero el impacto de lo que no sucedió no es un asunto de lo que podría haber pasado sino que su relevancia procede de los efectos reales que un pasado vacío, que no admite documentación material, ha tenido en mentes, prácticas y eventos. La memoria de lo que no sucedió bajo la dictadura tuvo un efecto decisivo sobre la transición política a la democracia. Pero, ¿cómo se puede “recobrar” lo que no suce-

dió durante la dictadura pero que tuvo un impacto fundamental en las elecciones y decisiones políticas y culturales durante la transición e incluso durante el período democrático? Además de desatender este aspecto que tan importante ha sido en la memoria de la dictadura, la construcción efectuada por la llamada memoria histórica, al poner el énfasis en las víctimas —en los aspectos más sangrientos de la guerra y del primer franquismo—, no tiene en cuenta que el recuerdo de las décadas más cercanas a 1975 tuvo tanto peso, o más, en dar forma a la transición como el pasado más lejano y sangriento que la memoria histórica utiliza como su fundamento. En este sentido, las mejoras económicas de los años sesenta, el acceso a la educación universitaria de las clases bajas, y la llegada de generaciones que no sufrieron los años más duros del franquismo fueron cruciales.

En 1975, una buena parte de los españoles ya no tenían un recuerdo personal de la guerra y de los primeros años de la dictadura, y por consiguiente los últimos tiempos del franquismo constituían su punto de referencia fundamental. Las generaciones nacidas entre 1945 y 1960 fueron las que más se beneficiaron del desarrollo económico de los años sesenta, de un acceso más fácil a la universidad y de mayor información sobre el mundo exterior. Precisamente por estas razones les chocaban más las limitaciones del país y resentían específicamente lo que la dictadura les prohibía o lo que el país no les podía ofrecer. Para esas generaciones, el impacto de lo que no sucedió bajo Franco y especialmente la falta de libertad política y personal y las limitaciones en el acceso a la cultura —lo que no podían leer, pensar, decir o discutir— constituían las referencias fundamentales para su visión de la transición como momento de llegada de la tan deseada oportunidad de abrirse al futuro, y no de enfocarse en un pasado que para esas generaciones consistía sobre todo en limitaciones, prohibiciones y frustraciones. El ansia de libertad y el deseo de dejar atrás un pasado inadecuado eran las principales motivaciones que impulsaban a mucha de la gente que inundaba las calles cada vez que los reformistas se negaban a abrir por completo las puertas de la libertad política. Se entiende así que para una gran variedad de españoles de las más diversas tendencias políticas, la legalización del partido comunista en abril de 1977 fue el evento más extraordinario y emocionante de la transición.

La huella de lo que no pasó conforma también, de varias maneras, la conceptualización de la llamada memoria histórica.

<sup>5</sup> Véase Townson.

De entrada, esa huella configura la conminación a subsanar el olvido que en la transición habrían sufrido los asesinados y represaliados por los franquistas en la guerra civil y en la dictadura. Mientras que la huella de lo que no pasó afecta a desarrollos históricos en muchos países, tiene un impacto especialmente sentido en el modo en que los individuos recuerdan períodos históricos que estuvieron inflamados de promesas de redención que se verían arruinadas por fuerzas oscurantistas, tal como sucedió con la Segunda República. Tal como se la concibe, la memoria histórica está atravesada por el imaginario de una República idealizada cuyos logros y aspiraciones fueron destruidos por la rebelión militar, y cuya no victoria (lo cual no es lo mismo que derrota) en la guerra civil es otro no evento que ha dejado una huella profunda en las propuestas de recobrar la memoria histórica. Es una imagen altamente simplificada de la República, purgada de sus aspectos más desagradables y purificada de los objetivos revolucionarios, no republicanos, de buena parte de los grupos y partidos que protagonizaron la lucha contra Franco en la guerra civil. Esta República idealizada no encaja con la que, todavía en 1977, en el documental *La vieja memoria* de Jaime Camino, Federica Montseny llama “una republiqueta burguesa”, un tipo de gobierno que no sólo para los anarquistas sino también para los comunistas y al menos los socialistas de Largo Caballero no era más que un paso hacia la revolución. Para algunos, parecería que esa República idealizada devalúa lo que consideran una transición de medio pelo que según ellos no estuvo a la altura de las circunstancias históricas. Ese imaginario recuerdo idealizado favorece el trabajo de revisionistas como Pío Mora, quien ha encontrado un terreno altamente fértil, abonado por esa idealización, para la crítica de la República y de muchos líderes republicanos, crítica que utiliza para reformular viejos argumentos que justificarían la rebelión militar<sup>6</sup>.

### La historia como agravio

Santos Juliá (“Presentación” pág. 22) atribuye el sentido reparador que subyace al llamamiento a recuperar la memoria his-

tórica a una “creciente judicialización de la historia”, la cual, afirma, se ha extendido por todo el mundo tras la caída del comunismo y de las dictaduras latinoamericanas. Sin embargo, podría argüirse que el énfasis creciente en la reparación de los males del pasado no es más que un signo de una tendencia que tiene raíces más profundas que los abusos cometidos por los totalitarismos contemporáneos. Lyotard propuso como característica de nuestra época el ocaso de los grandes relatos de progreso histórico, teoría que en parte fue validada por la caída del comunismo ruso. Parecería que la visión teleológica de la historia (los grandes relatos) ha sido reemplazada por un sentido de la historia radicalmente nuevo, el cual se enfoca más en el pasado que en el futuro, un futuro que, percibido más como amenaza que como progreso, parece ideológicamente confuso, económicamente impredecible y ecológicamente amenazador. Del énfasis en el progreso, la atención se ha desplazado a la contención de los males futuros y a la reparación de los desastres pasados de la historia.

La historia como progreso –como gran relato teleológico– fue ligada en su momento al nacionalismo y al llamado concomitante a luchar y a morir por la patria. Pero en nuestra época la guerra se ha convertido en algo sucio. Desde Vietnam, los jóvenes han mostrado cada vez mayor resistencia al militarismo y a sacrificar sus vidas, actitud generalizada que ha llevado a la abolición del servicio militar obligatorio en muchos países occidentales, en los que hay una oposición creciente a las guerras y a sus costos humanos. Pero además, guerras y regímenes opresores recientes o cuya memoria está todavía viva han sido sometidos a un juicio retrospectivo, exigiéndose a los detentadores actuales del poder –tengan o no conexión con los agravios denunciados– una reparación por los crímenes pasados. De una historia mesiánica cargada de promesas de un futuro mejor hemos pasado a una visión de la historia como agravio; de modo concomitante, la víctima, y ya no el héroe o el guerrero, se ha convertido en el centro de atención de la historia.

En el caso de la guerra civil, un ejemplo del cambio reciente en el modo de ver la historia y el conflicto nos lo ofrece la visión de la guerra civil presentada en *La vieja memoria* (1977), un documental que consiste en su mayor parte en entrevistas hechas por su director, Jaime Camino, a destacados líderes políticos y militares, de

diversas ideologías y partidos de izquierdas y derechas, que tuvieron papeles destacados durante la guerra civil o la República. El documental todavía mantiene claramente una visión heroica de la guerra similar a la que prevalecía internacionalmente en los años treinta. En esa visión, los grandes objetivos ideológicos prevalecían sobre el individuo (la guerra como el esfuerzo internacional por derrotar al fascismo era uno de esos grandes objetivos); resulta sintomático que ni uno sólo de los entrevistados considera, a mediados de los años setenta, el costo humano que tuvo la guerra, prevaleciendo las explicaciones y justificaciones ideológicas. De hecho, el mismo director sostiene y refuerza una visión heroica de la guerra, ejemplificada para la izquierda ya desde 1936 en la heroica resistencia del Madrid republicano. Ese episodio, convertido ya en su momento en un símbolo de la resistencia denodada contra el fascismo, ocupa en el documental una larga secuencia que alterna imágenes de Rafael Alberti, recitando en tonos exaltados su poema a la defensa de Madrid, con escenas de combate que alcanzan un punto álgido cuando Alberti termina de recitar su poema acompañado del son de cañones que detonan en el fondo. Otro ejemplo, más concreto, de cómo la visión de la guerra ha cambiado en las últimas décadas nos lo ofrece una comparación de las versiones que José Luis de Vilallonga da del papel que tuvo en el fusilamiento de republicanos en *La vieja memoria* (1977) y en el más reciente documental de Montse Armengou y Richard Belis, *Les fosses del silenci* (2003). En ambos filmes, Vilallonga describe cómo su padre no sólo lo empujó a alistarse como voluntario en el ejército franquista cuando era todavía muy joven, sino que le recomendó a un amigo oficial que lo incluyera en un pelotón de fusilamiento para que se fogueara. Sin embargo, en el primer documental Vilallonga narra esos hechos de una manera desapasionada e incluso despreocupada, pero en el documental más reciente concluye su testimonio confesando que, todavía en esos tiempos, veía su sueño perturbado por el recuerdo de las ejecuciones. La transformación emocional del relato de Vilallonga, el cambio de énfasis desde la insensibilidad del padre y las calamidades de la guerra a la mala conciencia por el daño inflingido a las víctimas, podría ser atribuido al sentimentalismo a veces propio de la avanzada edad que tenía en ese momento Vilallonga, y también a la influencia en los entrevistados del énfasis o enfoque de los respectivos directores, o incluso al papel que los entrevistados, y Vilallonga en parti-

<sup>6</sup> En relación con el papel jugado por una república idealizada en la construcción de la memoria histórica, es significativo que muchos símbolos republicanos estén presentes en algunas páginas de internet relacionadas con la reivindicación de la memoria histórica, y que también aparezcan, en contextos actuales, en algunos de los documentales sobre los horrores de la guerra y la dictadura.

cular, quieren asumir como autorrepresentación. Pero no cabe duda de que los documentales atestiguan el cambio radical sufrido en la percepción de la guerra civil entre 1977 y 2003.

La revisión de la historia llevada a cabo por cada generación y el endurecimiento ideológico del gobierno de Aznar han sido aducidos como razones plausibles de las reivindicaciones de la memoria histórica, pero podría argüirse que el giro universal de la atención hacia las víctimas y los agravios del pasado ha tenido un peso decisivo en la génesis de los numerosos libros y documentales recientes acerca de los fusilamientos, depuraciones y penurias relacionados con la guerra civil. Los exiliados, los niños desplazados por la guerra, los maquis y los republicanos internados por Franco en campos de concentración han pasado a ocupar el centro en los relatos de la guerra, desplazando a los protagonistas de los relatos pro-republicanos dominantes en las décadas anteriores. Ligada inextricablemente a este nuevo énfasis en las víctimas, la historia como agravio está atravesada por una visión moral de los horrores de la guerra y busca un nuevo tipo de solidaridad que no es necesariamente o simplemente ideológica sino que tiene una fuerte carga de simpatía afectiva. Esta mezcla de solidaridades (ideológica y afectiva) tiene un gran peso en novelas como *Soldados de Salamina* (2001) de Javier Cercas y más aún en *La voz dormida* (2002) de Dulce Chacón. Movidas por su empatía hacia el sufrimiento de las víctimas, impresionadas por el impacto inmediato de los restos desenterrados de los fusilados, y sensibilizadas por los casos recientes de horrores enjuiciados en otros países, muchas personas parecen haber concluido que los eventos que causaron tales agravios en España no han recibido atención en el pasado; y esa experiencia personal es vivida como el descubrimiento de una verdad que fue soslayada vergonzosamente por generaciones previas<sup>7</sup>. Ahora bien, el tema no se agota remitiendo simplemente, como hace Santos Juliá, a las publicaciones que aparecieron durante la transición sobre la guerra civil y sus consecuencias funestas

para los republicanos. Por decirlo de otra manera, no basta remitir al conocimiento historiográfico, pues en las décadas transcurridas desde la transición ha tomado peso un elemento nuevo en la consideración de la historia, los agravios del pasado, los cuales movilizan una afectividad que si bien debe ser excluida de la escritura de la historia no por eso deja de desestabilizar no sólo la visión historiográfica del pasado sino la historiografía misma.

### La retórica del patetismo

La fácil disponibilidad de un tipo de discursividad ligada con el Holocausto, la cual es aplicada de modo acrítico a situaciones muy diferentes, y los paralelismos apresurados que se trazan con los caos de los desaparecidos en Chile y Argentina han ayudado a crear un énfasis estridente en los republicanos ejecutados y enterrados en fosas colectivas, énfasis que a menudo va unido a la exclusión interesada de los asesinados del otro bando. Santos Juliá (“Memoria, historia” pág. 76) nos recuerda que hubo miles de víctimas en ambos lados, muchos de ellos “pacíficos ciudadanos” que fueron víctimas de una política depuradora y de un instinto de venganza común a ambos bandos, “aunque fueran distintas su naturaleza, amplitud y duración”. Juliá continúa: “Un Estado y una sociedad democráticos tienen que asumir... la carga de todo ese pasado de guerra y dictadura... única vía posible para que la memoria de los nietos, complementando más que negando la de los hijos, sirva para rehabilitar a los muertos y honrar a todas las víctimas a la par que colabora a la nunca acabada búsqueda de la verdad histórica sobre nuestro pasado” (“Memoria, historia” pág. 77). Juliá ofrece argumentos centrados en el conocimiento histórico, pero sus críticas están dirigidas contra una afectividad que es sorda a razones eruditas o que, como es el caso de algunos historiadores, está inextricablemente ligada a unos relatos históricos sobre el pasado que se presentan como el resultado de una indagación imparcial sobre las víctimas de ambos lados.

La retórica afectiva que atraviesa los argumentos críticos de algunos historiadores se da de manera mucho más patente en películas y novelas recientes acerca de la guerra civil, muchas de las cuales están marcadas por un sentimentalismo que en

no pocas ocasiones cae en lo sensiblero. Algunos ejemplos de esta tendencia son *La hora de los valientes* (1998) o *Para que no me olvides* (2005), películas que ofrecen un contraste significativo con los tonos favorecidos en representaciones filmicas de la guerra en épocas no muy lejanas (habría que remontarse a la conexión de guerra y melodrama en algunas películas sobre la guerra en las épocas tempranas del franquismo para encontrar el recurso a tal carga emocional en una película sobre la guerra). Las diferencias entre esas dos películas y otras filmadas no mucho antes no podría ser más sintomático. En las películas más recientes predomina un tono muy diferente al énfasis en lo político que caracterizaba a películas de mediados de los noventa sobre la guerra, como *Tierra y libertad* de Ken Loach y *Libertarias* de Vicente Aranda, películas cuya visión romántico-ideológica de los intentos revolucionarios al comienzo de la guerra protagonizados por el POUM y las anarquistas, respectivamente, contrasta vívidamente con el énfasis en lo afectivo personal que caracteriza a las películas más recientes, en las cuales lo político es simplemente un trasfondo para la vicisitudes de los protagonistas de esas películas<sup>8</sup>.

Un contraste todavía más fuerte puede ser discernido entre dos documentales de mediados de los años setenta sobre la guerra, *La vieja memoria* (de afinidades comunistas) y *¿Por qué perdimos la guerra?* (de simpatías anarquistas) y varios documentales recientes sobre las fosas colectivas, en particular *Les fosses del silenci* (2003) y *Siempre días azules* (2005). Mientras que los viejos documentales se ocupan de la guerra en términos estrictamente político-ideológicos y presentan las penurias personales como el precio a pagar en aras de la consecución de fines colectivos, los documentales más recientes movilizan sobre todo una retórica patético-sentimental que se apoya en la inmediatez de los afectos. Como se podría suponer, en los documentales de los años setenta abundan las justificaciones o exaltaciones políticas de ciertos partidos o individuos. Se podría esperar que los documentales más recientes mostraran de alguna manera la sofisticación alcanzada por el documentalismo contemporáneo. Sin

<sup>7</sup> La Capra ofrece un diagnóstico más amplio al hablar de un “giro de la experiencia” en la historia, el cual explicaría el interés reciente en la historia oral, la memoria y las visiones traumáticas del pasado (3). La fijación reciente en las fosas colectivas recuerda lo que LaCapra denomina “trauma fundacional”, una experiencia extrema —la esclavitud y el Holocausto son dos de los ejemplos que ofrece— que sirve para crear una identidad colectiva, sea para el grupo que vivió la

experiencia o para individuos posteriores. Este trauma fundacional, opina LaCapra, es usado para reivindicar una historia, pero fija obsesivamente en viejos agravios al grupo reclamador (LaCapra 57).

<sup>8</sup> Para una excelente visión general sobre las películas acerca de la guerra civil, véase Sánchez Biosca, quien se ocupa críticamente de algunos de los temas relacionados con la memoria de la guerra civil. Para un análisis detallado de *Tierra y libertad* y de las polémicas que despertó entre los historiadores españoles véase Loureiro, “Los afectos de la historia”.

embargo, sus directores se conforman con mantenerse en la superficie de lo político, entregándose a la fácil presentación del sufrimiento sin hacer esfuerzo alguno de plantearse preguntas ni de ocuparse de un examen riguroso del pasado. El objetivo reside en ganarse al público por medio de una retórica del patetismo basada sobre todo en el dolor de los parientes vivos de los fusilados y en una visión simplificada de la historia, por mucho que los documentales incluyan entrevistas con historiadores conocidos, cuyas intervenciones son en muchos casos menos objetivas de lo que ellos parecen creer. La retórica del patetismo que prevalece en discusiones y productos culturales recientes acerca de la guerra no es simplemente una estrategia argumentativa ni un mero ornamento retórico. A pesar de las aspiraciones investigadoras que tienen algunos de esos documentales, la retórica del patetismo que manejan busca delimitar o incluso eliminar la reflexión, al reemplazar el conocimiento y la reflexión con la reprobación moral y el sentimentalismo fácil. En contraste con esos documentales sobre la guerra civil, y en particular con los dedicados a las fosas colectivas, un documental que ha tenido escasa circulación, *El perro negro* (2005), del cineasta húngaro Peter Forgács, ofrece una visión más inquietante y compleja de la guerra civil al ocuparse de tragedias individuales pero sin recurrir a trucos sentimentales ni a fundamentar su indagación en un conocimiento digerido con anticipación y supuestamente incontrovertible. El resultado es un documental que no sólo problematiza el pasado sino que también muestra las maneras en que el destino de los individuos pone a prueba los argumentos y causalidades de la historiografía.

En el documental *Les fosses del silenci*, al igual que en el libro del mismo título, Armengou y Belis evitan sistemáticamente ocuparse de la violencia republicana, ofreciendo excusas rebuscadas para no hacerlo. Según ellos (pág. 47), la violencia nacionalista en Badajoz ocasionó una “imitación” republicana de esos asesinatos, los cuales ellos presentan como un ejemplo de la “famosa violencia revolucionaria”, fraseología desconcertante para referirse al asesinato político. Otro modo en el que tratan de excusar la violencia republicana es distinguiendo dos tipos, “de réplica” y “preventiva”, ofreciendo todo tipo de razones exculpatorias de esa violencia: no fue premeditada, el gobierno simplemente perdió el control de la situación, etc. Con toda razón, Santos Juliá llama la

atención airadamente al eufemismo del que se valen para explicar lo que les pasó a los dos mil nacionales ejecutados en Paracuellos: “nunca llegaron a su destino,” escriben, sin mencionar que fueron fusilados (92). Y cuando finalmente señalan que “lo cierto es que en el bando republicano también hubo violencia indiscriminada contra la población civil” (99), aducen a continuación un argumento perverso para exonerar la violencia contra el clero, violencia que conmovió a la opinión pública, señalan, “sin importar que la Iglesia fuera la clave de la dominación de las masas” y que “el saqueo de las tumbas de algunos conventos sacara a la luz fetos y criaturas lapidadas [sic] que eran fruto de amores prohibidos entre religiosos” (100). Armengou y Belis condenan como inmoral al clero por el comercio carnal al que supuestamente se entregaban, pero no les perturba la profanación de tumbas en iglesias y conventos. Su demagogia alcanza su punto álgido cuando, tratando de ofrecer un punto de comparación para los asesinatos cometidos por los nacionales, ofrecen el vergonzoso argumento de que, de alguna manera, los nacionales mataron a más gente que los nazis pues éstos “sólo” mataron a doce mil personas “si no se cuentan las víctimas del holocausto judío y de otras minorías étnicas” (129), omitiendo así para sus condenatorios propósitos contables el asesinato de unos seis millones de seres humanos.

Armengou y Belis declaran ser periodistas investigadores pero en *Les fosses del silenci* sólo descubren lo que ya sabían que querían encontrar; y su escasa bibliografía sobre la historia de la guerra es una prueba más de que se apoyan en una manida versión de la guerra, cuyas simplificaciones buscan enmascarar con la fuerza de los afectos que movilizan en su documental y en su libro. ¿Pueden los historiadores serios dar cuenta de las víctimas de la violencia por medio de las convenciones narrativas y causales que hacen posible la escritura de la historia, sin tomar partido? A pesar de la complejidad de los datos que manejan, del admirable rigor de sus investigaciones y de la profesión de científicidad de la que hacen gala, ¿pueden esos historiadores librarse del importe afectivo de los relatos comunitarios de resistencia que han heredado o asumido?

Algunos de los historiadores en el volumen *Víctimas de la guerra civil* combinan información rigurosa con una retórica afectiva desplegada abiertamente; pero incluso los contribuidores al volumen que profesan el mayor distanciamiento profe-

sional no pueden desligar sus interpretaciones de sus afinidades políticas. Si por una parte algunos de ellos afirman que el número total de víctimas en cada bando no es el hecho más importante, no por eso dejan de poner énfasis en las sustanciales diferencias entre esos números. Pero el argumento crucial para ellos reside en el hecho de que el gobierno republicano no sólo no condonó sino que trató de impedir la violencia contra los nacionales, en contraste con la premeditada campaña de depuración llevada a cabo por los franquistas. Si bien este argumento es impecable y está bien documentado, deja abierta la adjudicación de responsabilidades de la violencia contra los nacionales. En el artículo citado al comienzo, Reig Tapia usa una terminología vacilante, evitando la palabra “republicanos”, para referirse a los responsables o a las causas de la violencia contra los nacionales, la cual atribuye a una “turba,” “bandas armadas,” “incontrolados,” o “ira popular.” En el mismo artículo, aduce con razón que “la muerte no tiene color político y ... un crimen siempre será un crimen” (524), señalando que, por medio del uso de fuentes científicas y empíricas, se debe dejar “que sólo hable la Historia” sobre el tema de los asesinatos de ambos bandos. Y concluye:

“Los españoles se reconciliaron en 1978, la Historia seguirá haciendo su trabajo, por consiguiente lo único que resta hacer ahora después de treinta años de venturoso régimen democrático es reparar moralmente a las víctimas del horror franquista. Nada más y nada menos. Las otras víctimas, las del horror del otro bando, tan respetables como cualquier otra víctima del terror y del fanatismo, ya recibieron satisfacción más que suficiente a lo largo de los casi cuarenta años que duró la dictadura franquista”. (552)

¿Deja Reig Tapia hablar a la “Historia” en esa conclusión? ¿Por qué invoca con una prosopopeya, y en mayúsculas, a la “Historia”, como si fuera un ente autónomo con una voz imparcial y propia? ¿Sigue el historiador los métodos científicos que profesa cuando pretende resolver el complejo tema de las víctimas de la violencia republicana con el problemática aseveración de que ya han recibido suficiente satisfacción, opinión que no tiene nada de imparcial sino que emana de sus afiliaciones políticas y que además deja a la historiografía en mal lugar? ¿Cuántos de los asesinados por los republicanos no eran franquistas y ni siquiera de derechas? ¿Recibieron “satisfacción más que suficiente” cuando fueron incluidos nominalmente entre los caídos franquistas o fue-

ron doblemente insultados, primero al ser asesinados, y luego al ser usados políticamente? Se podría plantear a la Historia un buen número de cuestiones éticas y políticas sobre este complejo tema.

La política y los afectos impregnan las supuestas disquisiciones científicas de los historiadores sobre las víctimas de la guerra. En otros casos, se hacen juicios pretendiendo mantener al margen a la política, invocando el sentido inmediato de los cuerpos desenterrados en las fosas colectivas de los republicanos asesinados: “porque ante esos huesos no hay debate o discrepancia: están ahí y punto,” como señala Emilio Silva en el documental *Les fosses del silenci*<sup>9</sup>. Aunque los muertos están mudos, se les puede devolver la voz, pero sólo a través de una mediación política, de una ventriloquía interesada. Los restos de los asesinados enterrados en las fosas adquieren significado sólo cuando proyectamos sobre sus cuerpos nuestros intereses políticos. Esos cuerpos hacen presente de nuevo el horror pasado sólo a través de una representación que se asienta en prejuicios políticos, sin los cuales esos cuerpos quedarían reducidos a meros huesos sin sentido. La afectividad entra en juego inmediatamente porque no podemos abstraernos del conocimiento de que los enterrados en las fosas fueron asesinados por razones políticas determinadas. De igual manera, sólo se puede aducir que esos restos son prueba de la debilidad de la transición si asumimos una serie de presuposiciones políticas por parte de los críticos que se erigen en representantes de las víctimas y en intérpretes del dolor de sus descendientes. Ahora bien, la traducción del *pathos* a clave política no es en absoluto directa ni inocente; de hecho, esa traducción revela que en el comienzo no está el *pathos*, que la política siempre lo precede. En primer lugar, porque ese sentimiento no es un comienzo inmediato anterior a la política y a la historia, pues si lo fuera deberíamos mostrar la misma conmiseración hacia los sentimientos de los parientes de todas las víctimas, sean los republicanos asesinados y enterrados en el Bierzo o los nacionales asesinados y enterrados en Paracuellos. De hecho, uno de-

bería sentir la misma condolencia por cualquier persona asesinada durante la guerra civil. Una persona asesinada es una persona asesinada, ¿o no? Uno puede tener una clara simpatía política por la República, pero eso no resuelve las cuestiones éticas planteadas por los asesinados de ambos bandos. Sería muy tranquilizador poder tener una respuesta política a los dilemas suscitados por los asesinatos, pero las cuestiones planteadas por *todas las víctimas* de la guerra civil no admiten una respuesta política tan sencilla como muchos asumen o exigen. ■

### Obras citadas

- ALTED VIGIL, Alicia. “La memoria de la República y la guerra en el exilio”. Juliá, ed., *Memoria*. 247-277.
- ARMENGOU, Montse, y BELIS, Ricard. *Las fosas del silencio. ¿Hay un holocausto español?* Plaza Janés, Barcelona, 2004.
- BOYD, Carolyn. “De la memoria oficial a la memoria histórica: La Guerra Civil y la dictadura en los textos escolares de 1939 al presente”. Juliá, ed., *Memoria*. 79-99.
- ITURRALDE, Juan. *Días de llamas*. 1979. Random House Mondadori, Barcelona, 2006.
- IZQUIERDO MARTÍN, Jesús, y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*. Alianza, Madrid, 2006.
- JULIÁ, Santos, ed. *Victimas de la guerra civil*. Temas de Hoy, Madrid, 1999.
- ed. *Memoria de la guerra y del franquismo*. Taurus, Madrid, 2006.
- “Presentación”. Juliá, ed., *Memoria* 15-26.
- “Memoria, historia, y política de un pasado de guerra y dictadura”. Juliá, ed., *Memoria* 27-77.
- LACAPRA, Dominick. *History in Transit. Experience, Identity, Critical Theory*. Cornell University Press, Ithaca, 2004.
- LERA, Angel María de. *Las últimas banderas*. Planeta, Barcelona, 1967.
- LOUREIRO, Angel G. “Los afectos de la historia”. *Política y (po)ética de las imágenes de guerra*. Ed. Antonio Monegal. Paidós, Barcelona, 2007. 133-159.
- REIG TAPIA, Alberto. “Represión y esfuerzos humanitarios”. *La guerra civil española*. Ed. Edward Malfakis. Taurus, Madrid, 2006. 521-52.
- SÁNCHEZ BIOSCA, Vicente. *Cine y Guerra Civil española: del mito a la memoria*. Alianza, Madrid, 2006.
- TORBADO, Jesús y LEGUINECHE, Manuel. *Los topes*. Argos, Barcelona, 1977.
- TOWNSON, Nigel, ed. *Historia virtual de España (1870-2004): ¿Qué hubiera pasado si...?* Taurus, Madrid, 2004.
- VEZZETTI, Hugo. *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. 2ª ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

### Películas y documentales

- Les fosses del silenci*. Dir. Montse Armengou y Ricard Belis. 2003.
- La hora de los valientes*. Dir. Antonio Mercero. 1998.
- Libertarias*. Dir. Vicente Aranda. 1996.
- La vieja memoria*. Dir. Jaime Camino. 1977.
- Para que no me olvides*. Dir. Patricia Ferreira. 2005.
- El Perro Negro*. Dir. Peter Forgács. 2005.
- ¿Por qué perdimos la guerra?*. Dir. Diego Santillán y Luis Galindo. 1978.
- Siempre días azules*. Dir. Israel Sánchez Prieto. 2005.
- Tierra y libertad*. Dir. Ken Loach. 1995.

[Artículo publicado originalmente en *Journal of Spanish Cultural Studies* vol. 9:2 (2008) © Taylor & Francis Ltd., y traducido al castellano por el autor].

<sup>9</sup> Siento una gran admiración por el trabajo llevado a cabo por Silva en relación con la excavación de las fosas, así como por la labor de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, la cual es un magnífico ejemplo de trabajo político de bases en un país en el que todavía no abunda ese tipo de trabajo. Sin embargo, tal admiración no impide que tenga serias reservas acerca de muchos de los argumentos y razonamientos aducidos por Silva.

Ángel G. Loureiro es Catedrático de Literatura Española Contemporánea y Teoría Literaria en la Universidad de Princeton. Autor de *The Ethics of Autobiography*.